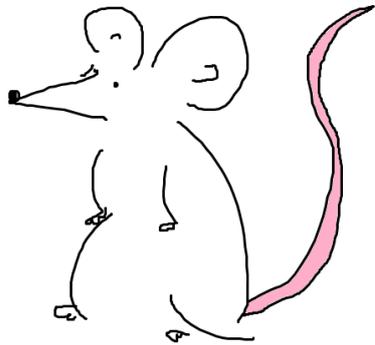


UNA DE MASCOTAS



Las mascotas que tenemos a lo largo de nuestra vida dicen mucho de nosotros, ya sean animales tan normales como un Hámster o un conejo, o seres de la categoría de serpientes y escorpiones.

Dado que no he tenido más que una mascota propia, me he apropiado de las mascotas de los demás. Y aquí expongo sus historias.

La primera a la que puedo recordar es a Dorotea, un Braco de Weimar gris espléndido. Cuentan que cuando la llevaban a casa de mis abuelos y estando todavía yo en la cuna, ella venía corriendo y apoyaba su hocico al otro lado, frente a mi cara. Era una comunicación sin más palabras que algún "Oro" balbuceado por mi párvula boca.

A Doro – así la llamaban los demás – le encantaba que le masajearan las orejas. Aullaba de placer cuando mi tío le agarraba la cabeza por debajo de la mesa y con las dos manos apretaba sus orejillas.

Con el tiempo tuvo cachorritos. Siete pequeños encantos que quedaron relegados a un cuarto de baño que tenía una cortina de ducha con pingüinos. Recuerdo que asomaban sus hociquillos por encima de una valla improvisada y que entraba para jugar con ellos. Cada uno, gris *doroteo*, encontró un dueño.

Otra perra de mi infancia fue Raxa, la perra de los Cárcamo, mi tercera familia. Pese a que realmente era un labrador, mi mente la ha transformado en un perro-lobo blanco. Con Raxa lo compartía todo, especialmente el chupete y los chupa-chups. Parece ser que no había para mí nada mejor que darle un lametón y ofrecérselo después. Una perra encantadora que desapareció un día de nuestras vidas a manos de un cuidador descuidado.

La sucedió Gilda, un perro pastor de pelo largo, negro, muy amoroso. Recuerdo que estando en el hospital cuando era pequeña la llevaban a los jardines para que pudiera

verla al asomarme a la ventana. Todavía tengo una foto suya en el armario de mi hermano. Él fue quien la enseñó a ladrar. Un ladrido grave y precioso.

A Gilda sí que puedo recordarla siendo un cachorro, cuando jugábamos con ella y sus hermanos. Nos encantaba mandarla a buscar la pelota, que era un balón de fútbol del Real Madrid destrozado de todas las maneras posibles. Yo odiaba cogerlo cuando estaba lleno de babas, pero ¡era tan divertido verla correr! Por supuesto, mis brazos no lo enviaban a más de unos pocos centímetros de distancia, pero el plumero de su cola se agitaba loco de alegría igualmente.

En alguno de mis cumpleaños los Cárcamo me hicieron una tarta oreo. Era la primera vez que oía hablar de ella y tenía muchas ganas de probarla. Nada más entrar, la busqué encima de la mesa donde me habían dicho que estaba y, ¿qué encontré? Nada. Bueno, algo sí. Un plato metálico. Vacío. Rebañado. Limpio. Nadie se imagina qué pasó con la tarta, ¿verdad?

Por desgracia, el tiempo es más veloz para los perros. La vejez atacó a Gilda y terminó con una infección de oídos. Luis tenía que ponerle unas gotitas - ¿naranjas? – para que se pusiera bien. Alguna vez le dimos un masaje de orejas como los que hacía mi tío y parecía calmarle un poco. Al morir, Gilda se convirtió en un cerezo negro.

Otra perra a la que amé con locura fue Mulka, la de mi mejor amiga. Era un Schnauzer gigante de color gris oscuro. Sus características más notables eran su capacidad de estornudar a voluntad y de sentarse al lado de su dueña en un bordillo. Sentarse como una persona. Cuando éramos pequeñas salíamos a patinar y dejábamos que tirara de nosotras en un acelerón que parecía mucho más fuerte en aquella época.

A mi amiga y a mí nos encantaba bañar y peinar a la perra. Creo que sobre todo a mí, ya que no tenía perro que peinar en casa. Me gustaba ver los *burruños* de pelo que se iban acumulando en el peine metálico y sentir cómo su lomo se iba quedando más y más suave.

Mi amiga tenía en su casa animales de toda clase. Rarísimos. Un zoológico para nuestro entretenimiento personal. En un terrario tenían un par de lagartos a los que

podíamos observar durante horas. Un macho y una hembra de color arena. Me gustaba tocarlos y notar la aspereza de sus escamas, pero odiaba tener que darles de comer. Grillos. Gri-llos, gri-llos, gri-llos – léase con la musiquilla del cri-cri -. Aprendí en su casa que a *quien algo quiere, algo le cuesta*.

En una jaula grande tenían una chinchilla que se llamaba Caipiriña. Saltaba de un lado a otro de forma frenética y era suavisima. A veces la sacábamos con un arnés a dar vueltas. Tenía una cara adorable. Era asombroso cómo de pequeño era en verdad su cuerpo debajo de todo aquel abrigo de piel. Cabía por cualquier rendija, por cualquier agujero. Por cualquier corazón.

Nadaron en abundancia de peces. A veces, cuando iba a su casa, nos dábamos un paseo hasta la tienda AQUARIUM para conseguir algún ejemplar. Mi favorito era Saturnino, un pez naranja completamente corriente que sobrevivió en mi memoria. Cada vez que paso por Saturnino Calleja pienso en él, y en mi amiga.

En su terraza habían construido una fuente de piedra donde meter los peces. Sin embargo, y aunque digan lo contrario, el aire libre no es lo más saludable. Un espacio mayor implica mayores peligros y la inevitable participación en el apasionante mundo de las cadenas tróficas. No fueron pocos los peces que desaparecieron entre risas de urracas. Nuestro ingenio dio como resultado el colocar sillas sobre la fuente cuando no había nadie en la terraza. El ingenio de las urracas consistía en posarse sobre ellas y amedrentarnos.

A pesar de todo, otras catástrofes varias, como tubos de filtrado o piedras decorativas que sufrían desprendimientos, ayudaron a mantener en marcha nuestra tradición de comprar peces.

Mi amiga me regaló mi primera y única mascota – si no cuento el *Tamagochi* -, un hámster ruso al que llamamos Frederick. Fue completamente inesperado. Me lo enseñó y estuve jugando con él y de pronto me dijo: es tuyo. Fue amor a primera vista. Lo llevaba a todas partes en una riñonera tuneada para que fuera como su jaula: a la biblioteca, a alquilar películas, a Extremadura...

Al cabo de un tiempo me enteré de que realmente era una hembra, así que la rebauticé con el nombre de Tina.

Era un hámster maravilloso, con sus bigotes y su par de enormes incisivos amarillos. Cambió su horario habitual y, aunque corría en su rueda por las noches, siempre salía a saludarme cuando llegaba a casa. Asomaba primero su naricilla por la madriguera de manzana y después escalaba rápidamente los barrotes de la jaula. Yo la sacaba y jugaba un rato con ella. Sin embargo, ahora no se si jugaba o si defendía su territorio.

En un viaje a Mallorca, Tina se convirtió en granjera. Se dedicó a cultivar excelentes ejemplares de larvas de mosca y a devorarlos con fricción. Creo que fue el momento que más reparo me dio, pues reveló su naturaleza. Con frecuencia olvidamos que las mascotas se rigen por los designios naturales que les corresponden.

Tina evaporaba el mal humor. Supongo que esa es la característica más envidiable de los animales, que sean capaces de transmitir con su inocencia el bienestar de espíritu y de apagar la mente a las preocupaciones mayores. Cuando el ruido de su trasnoche no me dejaba dormir, ponía su jaula en el baño y a veces oía a mi madre hablarle. Le decía:

- ¿Otra vez te han dejado fuera? *Pooobrecita*.

Y es ahora cuando entra en escena Emilia Salom Aparicio, alias Memi: la perra de mis abuelos. Bueno, perro no es tal vez la palabra más adecuada, ya que en mi familia se tiende a personificar a los animales.

Memi es un teckel, un “perro” cazador de jabalíes y ratonero. Al menos eso nos dijeron. Sus costumbres son las típicas de cualquier perro. Le gustan los chuletones poco hechos y las siestas al sol sobre el sofá del salón, a falta de cama. Cuando era más pequeña su pasión musical le hacía acompañar con aullidos la armoniosa - faltando a la verdad - melodía de mi flauta. Carros de Fuego era su canción predilecta.

Se la regalamos a mi abuela en las navidades del 2004, aunque en las fotos en las que aparece por primera vez llevamos todas unas de esas gafas tan originales con el año en las que pone 2000.

La tarde de su llegada fui con mis primos a una habitación y allí nos tumbamos los tres con la perra. Yo le puse un reloj en la oreja, porque me habían dicho que imitaba el latido del corazón de la madre. Memi, se quedó completamente dormida.

En cuanto a su relación con Tina, queda solo decir que cuando llegaba a casa se lanzaba a la jaula de Tina y miraba fijamente el interior hasta que esta salía y se agarraba a los barrotes. Mientras Memi lloraba Tina intentaba morderle la nariz.

Cuando Memi andaba mucho llegaba a casa reventada y, al abrir la puerta mi abuela, corría como una loca hacia la cocina – nótese el paralelismo con el efusivo saludo al Hámster-. Creo que prácticamente derrapaba al darse cuenta de que su cena no estaba servida y volvía sobre sus pasos. Entonces es cuando le preguntábamos, y seguimos preguntándole, si quiere bolas. Así:

- ¿Quieres bolas?

Y puedo asegurar que no hay comunicación más directa o más fácil entre perro y humano. Le cambia la cara y casi juraría que sonrío. Y entonces, más rápido aún que antes, se dirige en pos de su comedero, donde le esperan sus bolas con el correspondiente “alegrabocas”.

Un día Memi no fue a la jaula de Tina. Cuando se fueron mis abuelos, me puse a llamarla. Pero no salía. Supuse que dormía en su manzana de porcelana, entre los algodones. Al sacarla verifiqué que dormía. Profundamente. No despertó. Ahora la imagino como *Blancanieves*, dormida tras morder la manzana.

El horror que me produjo su muerte me hizo decidir que no tendría más mascotas. Más mascotas propias. Pero ahora que me he embarcado en el mundo de la biología, sé que nunca dejaré de tener una.

¿Quién teme al lobo feroz?